

ANUARIO INTERNACIONAL CIDOB 2009

CLAVES PARA INTERPRETAR LA POLÍTICA EXTERIOR ESPAÑOLA Y LAS RELACIONES INTERNACIONALES EN 2008

Las relaciones Estados Unidos-España desde la
perspectiva del 2009

Adrian A. Basora

Las relaciones Estados Unidos-España desde la perspectiva del 2009

Embajador Adrian A. Basora,
Investigador Senior y Director del proyecto
sobre la transición democrática en el Foreign Policy
Research Institute de Philadelphia¹

La llegada de la administración Obama a Washington el 20 de enero del 2008 fue recibida en España con un entusiasmo generalizado, y muchos comentaristas de ambos lados del Atlántico sugirieron que empezaba una nueva era de unas relaciones bilaterales más estrechas. Otros han advertido, sin embargo, que estas expectativas tan elevadas podrían fácilmente verse desilusionadas dada la asimetría existente entre las necesidades de EEUU y las inclinaciones españolas.

A juicio del autor de este artículo, existe de hecho un potencial considerable para el establecimiento de unas relaciones más estrechas. Esta opinión podría ser desestimada considerándola como la tendencia natural en un ex diplomático norteamericano que ha tenido el placer de ejercer su cargo en España. Sin embargo, el autor tuvo oportunidad de vivir personalmente uno de los momentos de mayor tensión en las relaciones hispano-norteamericanas, y es muy consciente de que la armonía en la relación entre ambos países no se puede dar ni mucho menos por descontada. Solamente hay que recordar el reciente y dramático punto de inflexión que se produjo en 2004 cuando el primer ministro Rodríguez Zapatero retiró repentinamente todas las tropas españolas de Irak –lo que provocó una reacción extraordinariamente glacial en Washington. Esto contrastó fuertemente con la euforia de 2003, cuando el entonces primer ministro Aznar se reunió con el presidente Bush y el primer

ministro Blair en la Cumbre de las Azores para lanzar la “Coalición de la Voluntad”, y España envió una fuerza de pacificación de 1.300 soldados a Irak.

Estas no han sido ni mucho menos las dos principales oscilaciones en las relaciones EEUU-España en las últimas décadas. Dado el papel que desempeña el *Anuario Internacional CIDOB* como una importante obra de referencia para entender las relaciones internacionales de España a nivel global, este artículo examinará las relaciones bilaterales no solamente desde el punto de vista de la historia reciente, sino también desde una perspectiva a más largo plazo, para de este modo valorar el potencial para el crecimiento, o para la regresión, en un futuro inmediato. Empezaremos echando una breve ojeada a algunos de los “temas heredados” que afectan a las relaciones entre Washington y Madrid y, en un sentido más general, a las sociedades norteamericana y española.

Historias divergentes y un período de enemistad

Desde la perspectiva de muchos españoles, la relación con lo que es actualmente Estados Unidos empezó en 1513 cuando Juan Ponce de León desembarcó en Florida y reclamó el territorio para la corona española. La ciudad de San Agustín se fundó en 1565, 55 años antes del primer asentamiento colonial británico. Para la mayoría de americanos, sin embargo, los primeros cuatro siglos de relaciones forman parte de un pasado lejano al que generalmente se presta una atención muy limitada. Se reconoce de un modo muy escaso el hecho de que España apoyó a los colonos americanos en su guerra de independencia –aunque este apoyo se basó en su alianza con Francia y su enemistad con Gran Bretaña, más que en alguna forma de entusiasmo por la democracia republicana. También se olvida generalmente que España fue una de las primeras potencias europeas en establecer relaciones diplomáticas con Estados Unidos (en 1785), y que esto facilitó la expansión hacia el oeste de América mediante la *graciosa* cesión de vastos territorios al oeste del Mississippi en virtud del Tratado Transcontinental de 1819.

En contraste, lo que muchos americanos recuerdan de sus clases de historia del instituto es la imagen en gran parte negativa de la España del siglo XIX como una monarquía decadente y una potencia colonial poco grata. Lo que los libros de texto norteamericanos destacan es la Doctrina Monroe de 1823, por la que las potencias europeas como España fueron declaradas *non gratas* en el hemisferio occidental. También ponen de relieve la rápida derrota de España en la guerra hispano-americana de 1898, después de que la prensa norteamericana incitase el sentimiento patriótico contra la *tiránica* presencia de España en Cuba y Puerto Rico. Durante la primera parte del siglo XX, la mayoría de norteamericanos pensaban en España



como una potencia reaccionaria y no muy relevante en la que Estados Unidos ya no tenía excesivo interés. Para España, en cambio, Estados Unidos ocupaba un lugar preponderante como el único país con el que había librado recientemente una guerra —una guerra que acabó con los últimos vestigios del otrora glorioso imperio latinoamericano.

Los siguientes hechos de importancia en la configuración de las actitudes norteamericanas respecto a España se centran en la Guerra Civil española y en las relaciones con el régimen de Franco. El presidente Franklin Roosevelt condenó públicamente el alzamiento del general Franco contra el gobierno republicano (1936-39). A pesar de la neutralidad oficial norteamericana, la mayoría de americanos estaban en contra de Franco y de lo que ellos veían como las fuerzas antidemocráticas por él representadas. Esto llevó a la formación de la Brigada Lincoln, en la que varios voluntarios norteamericanos lucharon a título individual a favor del lado republicano. Las imágenes negativas de la España de Franco se reafirmaron gracias a la prensa y a la literatura contemporánea. Libros como *Homenaje a Cataluña*, de George Orwell, y sobre todo *Por quién doblan las campanas*, de Ernest Hemingway, describieron gráficamente la Guerra Civil desde el punto de vista de la España republicana.

“España tendrá muchas oportunidades de cultivar una relación positiva con Washington y con otros influentes centros políticos y culturales norteamericanos”

Con la subida de Hitler al poder en Europa y la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, la inclinación de facto de Franco hacia las potencias del Eje fue todavía más perjudicial para la imagen de España. Esto culminó en 1946 con la firma, por parte de las principales potencias victoriosas —Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia— de una Declaración tripartita en la que se afirmaba que “no habría una asociación cordial y completa —con España— mientras gobernase Franco” (Chislett, 2006).² España fue inicialmente excluida de las Naciones Unidas, como también lo fue del Plan Marshall cuando se lanzó éste en 1948. En 1950, el régimen de Franco se vio asignado el rol de paria y la mayoría de norteamericanos veían a España como un país pobre, atrasado, sin interés y muy poco prometedor.

Los inicios del cambio

Durante las décadas de 1950 y 1960, estos puntos de vista americanos negativos respecto a España empezaron a cambiar gradualmente. La Guerra Fría se convirtió en el prisma principal a través del cual contemplaban el mundo los norteamericanos. Enfrentado con una cada vez más poderosa y agresiva Unión Soviética, Washington se preparó para una posible confrontación

militar. Los poderes aéreo y naval norteamericanos eran esenciales para la defensa occidental, y requerían el establecimiento de bases seguras en Europa lo más lejos posible del frente oriental de la OTAN. La base española de Rota era la ubicación perfecta desde la que proyectar el poder naval por el Mediterráneo, y las bases aéreas de Morón, Zaragoza y Torrejón de Ardoz (justo a las afueras de Madrid) tenían un extraordinario potencial como escalón de retaguardia de las bases y como instalaciones para el entrenamiento y las maniobras de la Fuerza Aérea norteamericana. El potencial de España como escenario de las bases americanas se convirtió rápidamente en el principal argumento de Washington a la hora de considerar sus relaciones con Madrid.

En 1953, las negociaciones para un acuerdo hispano-norteamericano sobre las bases ya habían sido completadas. El Pacto de Madrid concedía a las fuerzas americanas el derecho al uso de estas cuatro bases a cambio de una importante ayuda económica —y de un reconocimiento implícito de la durabilidad del régimen de Franco. En 1955, EEUU respaldó la entrada de España en la ONU, a pesar de la renuencia del Reino Unido y de Francia. Esta intensificación de las relaciones entre Washington y Madrid culminó en una visita oficial del presidente Dwight Eisenhower a España en 1959. Para la opinión pública americana, la visita de *Ike* confería a España un aura de normalidad, a pesar de su gobierno dictatorial. Pero para las fuerzas antifranquistas en España, y en particular para la izquierda política, la visita de Eisenhower y el acuerdo en curso sobre las bases se convirtió en uno de los principales motivos de su persistente antiamericanismo.

Al mismo tiempo, sin embargo, una serie de desarrollos paralelos en el frente económico estaban empujando a aproximar gradualmente a los dos países. Mientras que Madrid había sido dejado al margen del Plan Marshall a finales de los cuarenta, desde 1953 a 1961 España se convirtió en el tercer país en beneficiarse de la ayuda económica norteamericana, gracias al acuerdo de las bases. Esta ayuda, combinada con la gradual recuperación económica de España y la percepción de la estabilidad política reforzada por el Pacto de Madrid, hizo de España un lugar cada vez más atractivo para la inversión empresarial norteamericana. Esta tendencia se aceleró significativamente después de 1959, cuando España adoptó un plan de liberalización y estabilización económica del FMI y apoyado por EEUU. En 1966, las empresas americanas representaban el 79,5% del total de la Inversión Exterior Directa, y habían empezado a contribuir de un modo importante a la recuperación económica española y al rápido crecimiento de sus exportaciones (Chislett, 2005). Muchos americanos visitaron España, incluyendo decenas de miles de jubilados atraídos por su clima soleado y lo barato que resultaba en ella el coste de la vida. De este modo, la opinión pública norteamericana siguió evolucionando en un sentido más positivo.

El desigual camino hacia unas relaciones normales

La gran mayoría de los norteamericanos recibieron favorablemente el final del régimen de Franco en 1975 y la rápida consolidación de la democracia que lo siguió. EEUU avanzó pronto hacia el establecimiento de unas relaciones de trabajo bilaterales normales con los primeros gobiernos españoles postfranquistas, sobre la base de las establecidas con otros aliados democráticos europeos. Washington también contribuyó a garantizar que España fuese inmediatamente invitada a entrar en la OTAN y a que fuese generalmente bien acogida como miembro de pleno derecho de la comunidad transatlántica. En 1976, Estados Unidos y España firmaron un Tratado de Amistad, Defensa y Cooperación que simbolizaba el compromiso de una plena alianza bilateral y de un incremento en los intercambios educativos, profesionales y culturales. La inversión norteamericana en España también siguió creciendo. En resumen, hacia 1980 las relaciones parecían ir por muy buen camino.

En 1981, sin embargo, se produjo un importante contratiempo cuando un grupo de guardias civiles entraron en el parlamento español en un intento de golpe de Estado. Y en vez de pronunciarse inequívocamente a favor de la joven democracia española, el entonces secretario de Estado norteamericano, el general Alexander Haig, se refirió inicialmente a la intentona de golpe como “un asunto interno”. Aunque posteriormente Washington dejó claro que condenaba el golpe y que respaldaba plenamente la democracia, la metedura de pata de Haig, que fue muy publicitada, reforzó la persistente desconfianza de la izquierda española respecto a las intenciones norteamericanas. Dado que el partido socialista (PSOE) iba a ganar las elecciones parlamentarias que se celebraron al año siguiente, este incidente retrasó considerablemente la plena normalización de las relaciones hispano-norteamericanas, quizás durante casi una década.

La victoria del PSOE en 1982 abrió, pues, una nueva fase difícil en las relaciones bilaterales. El nuevo primer ministro, Felipe González, se había formado como líder político durante los años de Franco, en un momento en que la embajada norteamericana tenía muy pocas relaciones con la oposición clandestina. Alfonso Guerra, inicialmente el segundo de Felipe González, era un admirador declarado del Che Guevara, con todo el romántico simbolismo antiamericano que ello implicaba. Tanto González como Guerra compartían un recelo inicial respecto a EEUU basado en la sospecha de que el interés de Washington en las bases militares en España podía llegar a invalidar su compromiso con la joven democracia española. Washington, por su parte, recebaba del nuevo gobierno porque el PSOE había hecho campaña contra la entrada de España en la OTAN y había propugnado una fuerte reducción de la presencia

militar norteamericana en las bases españolas. Las elecciones de 1982 fueron, pues, el prelude de un período de tensiones bilaterales significativas.

Una vez en el poder, sin embargo, el gobierno González empezó a darse cuenta de que su deseo de llegar a ser un miembro influyente de la Unión Europea y de otros *clubs* occidentales, y de convertirse en una economía industrial avanzada, se vería más favorecido si España se mantenía dentro de la OTAN. Así pues, González convocó un referéndum que cambió radicalmente la postura previa del PSOE respecto a la pertenencia del país a la OTAN. Sin embargo, el *trato* por medio del cual González ganó el referéndum (con un 52,5% de votos a favor y un 39,8% en contra) incluía la promesa explícita de reducir drásticamente la presencia militar norteamericana en las bases españolas. Políticamente, estas reducciones, y especialmente la retirada de los aviones de combate F-16 de la base de Torrejón de Ardoz, en las afueras de Madrid, adquirieron una importancia fundamental para el gobierno González. Para Estados Unidos, sin embargo, la Guerra Fría seguía siendo un asunto sin resolver y Washington estaba decidido a no ceder.

Las negociaciones subsiguientes para la renovación de los derechos de utilización de las bases fueron largas y difíciles, y se prolongaron durante buena parte de 1986-88. El gobierno González estaba decidido a mantener la promesa hecha durante la campaña electoral de una reducción espectacular de las fuerzas norteamericanas, especialmente de las de Torrejón. Pero Washington estaba igualmente determinado a conservar unos activos militares que consideraba inestimables para que la OTAN pudiera hacer valer su influencia en una Guerra Fría que aún parecía distar mucho de su final. Finalmente, la expresa determinación de España a invocar sus derechos de soberanía —que incluían la amenaza de cancelar totalmente el acuerdo sobre las bases si no se alcanzaba un acuerdo satisfactorio— obligó a la parte americana a ceder más de lo que había previsto. Esto incluía la retirada del escuadrón de F-16, de una gran importancia estratégica, estacionado en Torrejón. La parte española propuso un plan para llevar a cabo esta y otras retiradas que permitía salvar las apariencias y que hizo un poco más fácil que la parte americana lo aceptase sin que ello fuera excesivamente perjudicial para las relaciones bilaterales.

Aunque las negociaciones sobre las bases fueron a menudo tensas, y aunque la frustración y la impaciencia españolas se filtraron en alguna que otra ocasión a la prensa, con el tiempo fue posible desarrollar un diálogo maduro a alto nivel. Esto sentó los cimientos para el inicio de un mejor entendimiento y una mayor confianza entre los altos representantes norteamericanos, por un lado, y el presidente González y sus ministros y consejeros por el otro. Este aumento de confianza, a su vez, preparó el terreno para una serie de importantes avances durante los años que siguieron a la firma del histórico acuerdo sobre las bases.

España se convierte en un aliado normal

El acuerdo sobre las bases de 1988 dispuso uno de los motivos fundamentales de discordia en las relaciones hispano-norteamericanas al eliminar lo que la izquierda española había considerado desde comienzos de los cincuenta como un importante agravio. Al año siguiente, con la caída del muro de Berlín, todo el contexto de la relación empezó a cambiar. La *glasnost* y la *perestroika* de Mijaíl Gorbachov redujeron enormemente la amenaza de una confrontación militar y la mentalidad de Guerra Fría que ello había provocado. Los aspectos militares de la OTAN empezaron a parecer menos esenciales, y España y EEUU estuvieron de acuerdo acerca de la expansión hacia el Este de lo que ahora parecía una alianza cada vez más política.

En 1990, Saddam Hussein invadió Kuwait y amenazó con anexionarse los yacimientos petrolíferos del norte de Arabia Saudí. En respuesta, el presidente norteamericano George H. W. Bush declaró que la invasión “era inaceptable” y consiguió tanto un mandato de las Naciones Unidas como el consenso europeo en favor de una acción militar para echar de

“La economía norteamericana no puede sino beneficiarse de la implicación de empresas españolas en áreas de su economía que requieren nuevas inversiones y tecnologías”

Kuwait a los ejércitos de Saddam. Tras una serie de contactos directos entre la Casa Blanca y el despacho del presidente del Gobierno, González aceptó dar su consentimiento a una utilización sin precedentes de las bases en España como puntos de tránsito y apoyo logístico para los masivos movimientos de tropas y material norteamericanos hacia la región del Golfo en preparación para la guerra. España también contribuyó con un contingente propio al esfuerzo militar combinado para liberar a Kuwait. Todo esto habría sido impensable unos años antes, dada la tradicional política española de establecer unas relaciones muy estrechas con los estados árabes y de prohibir el uso de sus bases para operaciones militares estadounidenses en Oriente Medio. Desde el punto de vista de Washington, España estaba demostrando ser “un amigo de los que no te dejan en la estacada”.

Un importante factor adicional en el acercamiento entre Washington y Madrid que se produjo durante este período fue la franqueza en la comunicación y la química personal existente entre el primer presidente Bush y el presidente Felipe González. Esto empezó con la invitación que hizo Bush a González de visitar la Casa Blanca en octubre de 1989, una visita que no sólo atrajo una atención positiva considerable por parte de los medios de comunicación, sino que también se reveló muy provechosa en cuanto a las relaciones personales. Así, cuando en el verano de 1990

estalló la crisis del Golfo Pérsico, ya se habían puesto los cimientos de una serie de contactos directos telefónicos altamente productivos entre los dos líderes para discutir una respuesta común urgente.

Al mismo tiempo la economía española estaba prosperando y proporcionaba un entorno muy acogedor a la inversión empresarial norteamericana; también algunas de las más importantes compañías españolas habían empezado a invertir en Estados Unidos. Además, el español se estaba convirtiendo, de lejos, en el idioma extranjero más estudiado en Estados Unidos, gracias en parte a la abundante emigración hispana y al incremento del comercio con América Latina. Con el aumento de los viajes y de otros intercambios, muchos más norteamericanos se estaban familiarizando con una España democrática que se estaba modernizando rápidamente. Así, en 1996, al final de los trece años que había estado en el poder Felipe González, la mayoría de norteamericanos consideraban a España como un aliado europeo “normal”, y este punto de vista era correspondido desde la parte española.

La relación especial y su aparentemente abrupto final

Cuando José María Aznar llegó a la presidencia en 1996, se dispuso inmediatamente a intensificar aún más una relación que ya era muy estrecha. Su interés fue correspondido por la Administración Clinton, lo que llevó a una profundización de la cooperación entre los dos países simbolizada por la firma de una Declaración Política Conjunta en enero de 2001, una de las últimas acciones prominentes de la Administración Clinton. Con el inicio de la Administración de George W. Bush solamente unos días más tarde, Aznar encontró un socio americano aún más entusiasta y con el que compartía muchas de sus inclinaciones ideológicas.

La relación oficial hispano-norteamericana pronto se convirtió en una de las más cordiales e intensas que Washington tenía con cualquier aliado europeo, con excepción del Reino Unido. El presidente Bush concedió a Aznar el honor de hacer de España la primera etapa oficial en su viaje inicial a Europa en junio de 2001. Cuando Al Qaeda llevó a cabo su ataque terrorista contra las torres gemelas del World Trade Center el 11 de septiembre de 2001, Aznar fue uno de los primeros líderes europeos en dar un paso adelante mostrando su solidaridad activa, solidaridad que se tradujo en un decidido respaldo a la intervención norteamericana en Afganistán y en Irak. Durante todo el período Aznar-Bush, la cooperación siguió aumentando en una gran variedad de temas de interés común, entre ellos el antiterrorismo, la lucha contra el narcotráfico y el intercambio de información por parte de los respectivos servicios de inteligencia. En febrero de 2004, un historiador que hubiera estado estudiando los ocho años anteriores podría haber dicho de manera

muy creíble que el gobierno Aznar había llevado la alianza hispano-norteamericana a su punto más alto en toda la historia.

Luego vinieron los atentados de Atocha del 11 de marzo de 2004, seguidos, tres días después, por las elecciones parlamentarias que llevaron al PSOE al poder y a Rodríguez Zapatero a la presidencia. Y en cumplimiento de la promesa que había hecho durante la campaña electoral –y de acuerdo con una opinión pública española que se había manifestado claramente en contra de la guerra– Zapatero retiró inmediatamente todas las fuerzas españolas de Irak. Esto fue un duro golpe para la “Coalición de la Voluntad” de la Administración Bush, y produjo un súbito enfriamiento de las relaciones bilaterales, al menos a nivel presidencial. Zapatero se convirtió en el único líder europeo importante no invitado a hacer una visita individual a la Casa Blanca por el presidente número 43, George W. Bush, y la reputación de España como aliado de confianza se vio seriamente dañada, al menos en los círculos políticos norteamericanos de la línea más dura.

El intento de Aznar de edificar *una relación especial* parecía haber concluido de un modo catastrófico. Las relaciones hispano-norteamericanas habían caído repentinamente en su punto más bajo después de varias décadas de progreso. Al margen de los titulares y por debajo del nivel presidencial, sin embargo, importantes aspectos de la relación bilateral fueron efectivamente preservados. El ministro de Asuntos Exteriores Miguel Ángel Moratinos se reunía regularmente con la secretaria de Estado Condoleezza Rice, que visitó España en 2007. La cooperación entre otros departamentos norteamericanos y los correspondientes ministerios españoles prosiguió igual que antes, como también lo hicieron los intercambios culturales y educativos, y las inversiones empresariales. De modo significativo, la inversión directa de España en EEUU se incrementó de una manera espectacular, pasando de los 5.000 millones de dólares del año 2000 a los 26.600 millones del año 2007, lo que situó a España en este sentido muy por delante de Italia y de otros varios aliados europeos.

Tras la reelección del PSOE en marzo de 2008 –y mucho antes de la llegada de la Administración Obama– el gobierno Zapatero empezó sistemáticamente a tratar de abrir “un nuevo capítulo” en las relaciones bilaterales con una serie de visitas de alto nivel y otras iniciativas. Y desde la toma de posesión del presidente Obama en enero de 2009, el presidente Zapatero ha dejado claro que tiene muchos puntos en común con el nuevo líder estadounidense, tanto personal como ideológicamente. La cuestión es, pues, si las dos nuevas personalidades que están al frente de cada país, junto con los importantes retos a los que tienen que hacer frente ambos países, llevarán a un nuevo período de relación estrecha y fructífera.

Perspectivas para la relación hispano-estadounidense

Aunque las relaciones bilaterales entre Estados Unidos y España han sufrido una serie de movimientos pendulares incluso durante el pasado más reciente, la amplitud de estas oscilaciones ha ido disminuyendo poco a poco. La relación se ha movido gradualmente hacia un punto medio positivo que debería ser perfectamente sostenible, sobre todo existiendo un liderazgo capaz en ambos lados.

España quiere seguir jugando un papel importante como miembro respetado e influyente de la comunidad transatlántica y de otras agrupaciones internacionales en las que Estados Unidos desempeña un papel destacado. Durante las últimas décadas, España también se ha ido forjando un papel político y económico cada vez más importante en América Latina. A pesar de los enormes retos a los que tiene que hacer frente actualmente, Estados Unidos seguirá desempeñando con toda seguridad un papel prominente a nivel global, tanto en Europa como en América Latina. Partiendo de la probable suposición de que España proseguirá con una política exterior de acuerdo con su postura actual, tendrá muchos incentivos para cultivar una relación positiva con Washington y con otros influyentes centros políticos y culturales norteamericanos. Culturalmente, la creciente importancia del español como segundo idioma y el rápido crecimiento que está experimentando la población hispana ofrecen nuevas oportunidades a los intereses norteamericanos en España. Hay también un potencial considerable para el crecimiento en el frente económico, como han empezado a demostrar grandes corporaciones españolas como el Banco de Santander y el BBVA en el sector bancario, y otras compañías en el sector de la construcción de autopistas y otras infraestructuras, y en el de las energías renovables³.

Desde el punto de vista de los intereses norteamericanos, hay fuertes razones recíprocas para seguir trabajando en la profundización de la relación. La economía norteamericana no puede sino beneficiarse de la implicación de las empresas españolas de vanguardia en áreas de la economía norteamericana que requieren nuevas inversiones y nuevas tecnologías. En términos geopolíticos, España sigue ocupando una posición estratégica como puerta de entrada al Mediterráneo y a Oriente Medio. Aunque las consideraciones militares específicas que demostraron ser tan importantes durante la Guerra Fría ya no son un factor con tanto peso, las bases de Rota y Morón continúan proporcionando un apoyo logístico muy valioso para las operaciones de EEUU y de la OTAN en Afganistán y en otras partes. España es también uno de los pocos países de la Unión Europea con una población creciente y un interés dinámico en otras regiones del mundo. Por lo que respecta a los intereses norteamericanos en Europa, en América

Latina y globalmente, por consiguiente, el hecho de seguir construyendo una estrecha relación con una España democrática y cada vez más abierta al exterior, continúa teniendo importantes ventajas.

Tras el abortado experimento Aznar-Bush de intentar construir algo parecido a la *relación especial* que mantienen EEUU y el Reino Unido, sería una imprudencia que los líderes de Washington o de Madrid trataran de recrear en un futuro próximo una relación igual de estrecha. Cualquier movimiento importante en esta dirección requeriría un cambio considerable en la opinión pública española, que es actualmente mucho más pacifista y partidaria del Estado del bienestar que la opinión pública norteamericana. Por otro lado, los temas bilaterales negativos del pasado han sido en gran parte olvidados, y un sólido nivel de confianza y un amplio número de interacciones se han puesto ahora en marcha entre estas dos democracias que se enfrentan a desafíos muy similares. No hay, pues, ningún motivo intrínseco para que España y Estados Unidos vuelvan a vivir las tensiones que han caracterizado sus relaciones en algunos momentos del pasado. En resumen, con un liderazgo competente tanto en Washington como en Madrid, y con un uso inteligente de la diplomacia a todos los niveles, cuando se produzca alguna diferencia, como indudablemente tiene que suceder, la relación hispano-norteamericana debería prosperar y no decaer durante la próxima década y más allá de ella.

Notas

1. Durante su anterior carrera diplomática el embajador Basora fue asignado a diversos destinos en Europa y América Latina, incluyendo una misión en Madrid

en 1986-1989 como Deputy Chief of Mission y Deputy U.S. Base Negotiator, y posteriormente como Chargé d'Affaires. Más tarde ocupó el puesto de Director de Asuntos Europeos en el Consejo Nacional de Seguridad de la Casa Blanca (1989-1991), entre cuyas responsabilidades se incluía España.

2. El autor se ha inspirado mucho en este excelente trabajo, así como en otro trabajo anterior del mismo autor aún más exhaustivo titulado *Spain and the United States: the quest for mutual rediscovery*.

3. Véanse las obras de William Chislett previamente citadas para una extensa discusión acerca de las recientes tendencias de la inversión española en Estados Unidos y acerca de la participación de empresas españolas en la construcción de autopistas, en el sector de las energías renovables y en otras importantes áreas del desarrollo de infraestructuras en Estados Unidos.

Referencias bibliográficas

CHISLETT, William (2006). "España y Estados Unidos [en línea]: tan cerca y, sin embargo, tan lejos". *Documento de trabajo* (Real Instituto Elcano), 23/2006, pág. 3. <http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/Elcano_es/Zonas_es/EEUU-Dialogo+Trasatlantico/DT23-2006>. [Consulta: 15.04.09]

CHISLETT, William (2005). *Spain and the United States: the quest for mutual rediscovery* [en línea]. [Madrid]: Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos, 2005. 162 p. <<http://www.realinstitutoelcano.org/publicaciones/libros/ChislettEsp-EEUU-ingles.pdf>>. [Consulta: 20.04.09].